

La música: un buen lenguaje para acoger y transformar las aportaciones del autista

– Anna Duran Arana –

**Psicoterapeuta y musicoterapeuta.
Escola Municipal de Música de
Can Ponsic. Miembro de la Asociación
Bick España. Miembro de a.CAF.
(Barcelona)**



BEFORE MIND

*My mind lost me
And, there,
I found myself
The music,
unwritten
which played,
in my soul,
unheard
The picture*

*never seen
in whose colors, I swam and felt
belonging
The feeling, without explanation
The silent inner waves
that you never heard between us
My beingness,
lost in an ocean of the everything
Home to my beginning
You were always welcome to visit,
not to take
But just to be sharing, in our
unknown knowing
At ease that this was always
so much more than just «enough».
(Donna Williams)*

*Mi mente me perdió
y, ahí, me encontré a mi misma
La música, no escrita,
que sonaba en mi alma, no oída
El cuadro que nunca vi
en cuyos colores nadé y me sentí
pertenecer
El sentimiento, sin explicación
Las silenciosas olas internas
que nunca oíste entre nosotros*

*Mi existencia,
perdida en el océano de todas las cosas
Hogar de mis inicios
Siempre fuiste bienvenido para una
visita, no para tomar
sino solo para compartir en nuestro
desconocido conocimiento
Con la tranquilidad de que esto fue
siempre
mucho más que “suficiente”¹.*

En este poema, Donna Williams describe este lugar de sensorialidad e indiferenciación que habitaba, lleno de olas, de ritmos, sonidos, colores, silencios. Describe también lo que son para ella los encuentros posibles. La música, entendida de forma amplia como lenguaje de los sonidos, me ha permitido encontrar los elementos que propician el encuentro no amenazador con la persona con autismo. Hablar con gestos, ritmos, vocalizaciones, movimientos. Convertir gritos en melodías, golpes en pulsaciones, movimientos en danzas. Construir encuentros alrededor de pequeñas formas como la alternancia. Este lenguaje, utilizado con respeto y con la finalidad de acercarme a los intereses de las personas con autismo, me ha permitido encontrar un modo de acompañar la transformación y el desarrollo a partir de los elementos sensoriales aportados por los propios niños.

El otro pie sobre el que se ha sustentado mi trabajo es mi formación en Observación de Bebés según las enseñanzas de Esther Bick. Esther Bick propone “observar y nada más” a un bebé en su familia durante, como mínimo, su primer año de vida. Esta formación me ha enseñado a observar los detalles y reconocer lo vivo. Christian Bobin lo expresa muy bien en una frase que me acompaña con mucha fuerza: “el mundo está perdido y la vida está intacta”. Se trata de perseguir

la alegría del encuentro, la belleza de la mirada, el calor de la sonrisa y confiar en que lo importante se va tejiendo.

ESCENA 1

Cuando conocí a Nadia, era una niña que solo tiraba y rompía cosas. En momentos de frustración o descontento se colocaba de rodillas y golpeaba la frente contra el suelo rítmicamente. No eran golpes fuertes, pero tenía una dureza en la frente de tantos golpes que debía de haberse dado. Sorprendentemente, esta estereotipia fue muy fácil de reconvertir. Después de unos meses de trabajo, durante dos o tres sesiones, cada vez que se arrojaba para golpearse la frente yo me colocaba a su lado, ponía mi mano entre la frente y el suelo y golpeaba su espalda al mismo ritmo al que ella golpeaba su cabeza. Como el ritmo era estable, podía cantar canciones siguiendo su pulsación. Si yo paraba de golpear su espalda, ella retomaba el movimiento. Si yo retomaba el movimiento, ella descansaba sobre mi mano. A partir de ese momento la estereotipia desapareció durante la clase de música. Y poco a poco fue disminuyendo en casa y en la escuela.

Trabajamos durante años con esos objetos que Nadia agitaba y tiraba. Durante meses cogía un vaso e introducía algún elemento en su interior para agitarlo y luego tirarlo por los aires. Hice muchos intentos antes de tener algún tipo de éxito; repetí sus gestos, cambié los contenidos, los recipientes, hicimos maracas que se abrían y cerraban... A la vez, fuimos construyendo encuentros con nuestras vocalizaciones y sus gritos se fueron transformando en pequeñas melodías cantadas de dos o tres sonidos. Poco a poco, nuestros encuentros se fueron volviendo más francos, con más mirada y con alegría y sonrisas evi-

¹ Traducción de la autora del artículo.

dentes. Creo que el primer momento en que empezó a esperar mi respuesta y a mirarme y sonreír, fue cuando yo imitaba con mi propia voz (“tiquitiquitiquit”) el sonido del objeto moviéndose dentro del recipiente que ella agitaba. Eso le hacía gracia y esperaba a que yo parase para agitar de nuevo su objeto y provocar mi reacción. Con el tiempo, empezó también a compartir el objeto ofreciéndomelo pequeños instantes; ahora ella, ahora yo. El objeto fue cambiando; empezó a coger instrumentos musicales que contenían un cascabel o trozos de metal. La mirada entre nosotras y la alegría fue creciendo a medida que crecía la diferenciación del objeto y entre nosotras. Apareció el control de esfínteres y también las primeras palabras.

Nuestra tarea consiste en acercarnos con un gran respeto por las estrategias que la persona con autismo ha construido para manejar tantos elementos no digeridos de su experiencia. Esta tarea se ve facilitada por este lenguaje que se adapta a todas las necesidades y en el que cualquier sonido, cualquier golpe, cualquier gesto, cualquier vocalización puede ser el inicio de un encuentro transformador. Los gestos propios de la música permiten trabajar con niveles de simbolización más primitivos, permiten que nuestra respuesta se sitúe más cerca de los elementos que el autista es capaz de manejar en este mundo sensorial e indiferenciado que nos describe Donna Williams en su poema. De este modo, facilitamos la creación de un vínculo de confianza e interés.

Se trata de que podamos entrar en comunicación, empezar a construir una relación y de forma sutil, lenta e intuitiva, conseguir que nos dejen entrar y participar en estas respuestas tan suyas. Siguiendo las enseñanzas de Lacan, podemos decir que nuestra intervención debe inventar la continuación del trabajo del autista. Debemos trabajar en el “borde” o zona extracorporal donde el intercambio es posible y hay goce. Cuando podemos entrar e introducir nuestras pequeñas aportaciones, empieza un trabajo transformador. El autista deja de estar solo y aislado con sus respuestas y empieza a tolerar las aportaciones del otro.

ESCENA 2

Pienso en Álex, un niño a quien le ha costado mucho tolerar a momentos cortos la utilización de objetos y la construcción de pequeños juegos con una cierta forma. No tiene apenas lenguaje verbal. Le acerco una cesta con piezas de madera. Vuelca la cesta y tira las piezas por la sala. Lo hace con una expresión en la cara de transgresión, una risa provocadora. Voy cogiendo las piezas y las tiro también, cantando un sonido fuerte cada vez que tiro una pieza. Su cara es de desconcierto por mi respuesta. Queda descolocado. Al cabo de un rato, tiro las piezas hacia donde está él, con más suavidad y sonidos más amables. Espero y él me las devuelve. Hemos iniciado un juego. Hay vocalizaciones, hay turnos, hay dos personas, en cierto sentido diferenciadas, compartiendo objetos que tienen por finalidad la creación de un vínculo. Un rato después, coloco la cesta y hago puntería, lanzando las piezas hacia su interior. Al poco, empieza a meter las piezas dentro de la cesta conmigo. Acabamos el juego.

Este trabajo permite construir un poco de filtro, una progresiva diferenciación y un camino hacia la alfabetización, hacia la simbolización (que es el “gran filtro”). Bion habla de alfabetizar los elementos beta y convertirlos en elementos alfa capaces de relacionarse entre sí. La alfabetización es una forma de digestión de las experiencias sensoriales-emocionales-corporales. Si podemos compartir las propuestas que hace el autista, tomarlas en serio y entrar en relación con él; si podemos dialogar, si podemos dar forma a nuestra relación, estaremos convirtiendo sus externalizaciones (proyecciones sin piel ni mente, según Júlía Corominas) o elementos beta en elementos más y más diferenciados, más y más simbólicos. Empezarán a aparecer pequeños momentos de atención conjunta. Podemos estar actuando lejos de la significación, sin entender ni ser capaces de explicar la significación de lo que hace la persona con autismo, pero damos un sentido comunicativo, una forma, un nuevo punto de vista... a sus aportaciones espontáneas. Existe un mundo de matices y una progresiva construcción de la capacidad simbólica que debemos

acompañar y favorecer con nuestras respuestas.

“La función-alfa opera sobre las impresiones sensoriales, cualesquiera que sean, y las emociones, cualesquiera sean las que el paciente acepta. Mientras la función-alfa opere con éxito, se producirán elementos-alfa y estos elementos resultarán adecuados para ser almacenados y satisfacer requisitos de los pensamientos oníricos. Si la función-alfa es perturbada, y por lo tanto resulta inoperante, las impresiones sensoriales que el paciente capta y las emociones que a la vez está experimentando permanecen inmodificadas. Los llamaré elementos-beta. En contraste con los elementos-alfa, los elementos-beta no son sentidos como si se tratara de fenómenos, sino como las cosas en sí mismas. Asimismo, las emociones son objetos de los sentidos”.

“Los elementos-beta no son propensos a ser usados en los pensamientos oníricos, pero sí son apropiados para ser usados en la identificación proyectiva. Influyen en la producción del acting-out. Son objetos que pueden ser evacuados o empleados para una forma de pensar que depende de la manipulación de lo que es sentido como cosas en sí mismas”.

“(…) el rêverie es aquel estado anímico que está abierto a la recepción de cualquier “objeto” del objeto amado y es por lo tanto capaz de recibir las identificaciones proyectivas del lactante, ya sean sentidas por el lactante como buenas o como malas. En resumen, el rêverie es factor de la función-alfa materna” (W.R. Bion, Aprendiendo de la experiencia).

Cada elemento de una estereotipia que convertimos en un gesto compartido es un elemento beta que ha sido alfabetizado y convertido en un elemento a partir del cual se puede construir algo. Alfabetizar un elemento beta es convertirse en un continente para el contenido que proyecta la persona con autismo. Este continente debe adecuarse al contenido que pretende alfabetizar. El continente debe tener una forma muy parecida al contenido, debe encajar sin confundirse. El continente es un gesto parecido al contenido, pero que en lugar de ser una proyección, es un gesto que, desde la diferenciación, da sentido, acoge y se inte-

resa por ese contenido. Sabemos cuándo encontramos un continente que se adecúa al contenido en cuestión cuando hay emoción, cuando hay una respuesta clara de encuentro, aunque sea muy fugaz.

“El contenido y el continente son susceptibles de ser unidos e impregnados por la emoción. Así, unidos o impregnados o ambas cosas a la vez cambian de un modo generalmente descrito como crecimiento. Cuando están separados o despojados de emoción, disminuyen en su vitalidad, es decir, se aproximan a los objetos inanimados” (W.R. Bion, Aprendiendo de la experiencia).

ESCENA 3

María es una chica con una verborrea casi continua. A la vez que mueve una hoja o una cuerdecita delante de sus ojos, dice palabras sin parar. Se refiere mucho a animales y colores. “El conejito blanco, el conejito rosa, el conejito verde...”. Cuando la conocí, ésta era una actividad muy solitaria que realizaba de cara a la pared. El primer movimiento que me permitió entrar en esta actividad solitaria fue repetir la frase que ella había dicho. Entonces, se giraba a mirarme y empezó a pedir que yo repitiese todo lo que ella iba diciendo. Ahí cogió forma la alternancia que nos permitiría llegar a un posible diálogo con el tiempo y mucho trabajo. Poco a poco, fue permitiendo que me sentara al piano y repitiese sus frases cantando. Esperaba pacientemente y callada a que yo acabase mi repetición y ella proponía un nuevo elemento. Mis repeticiones eran cada vez menos exactas. Con el tiempo fui relacionando e inventando pequeñas historias sobre los personajes que ella proponía. María se emocionaba e iba repitiendo algunas de mis frases (con sujeto, adjetivo, verbo y complementos). En este momento del proceso, María empieza a dirigirse a sus padres, hablándoles. Al principio, no se entiende lo que dice. Poco a poco, va respondiendo preguntas sencillas o diciendo lo que quiere comer o lo que quiere hacer. Más adelante, empieza a explicar en la sesión las cosas que le pasan (“El papa se ha ido a Madrid”).

María pasa unas cuantas sesiones pidiéndome que dibuje un montón de



Continente-contenido. Núria Duran.

ratones con sus camisetas de distintos colores. Son los ratones de la Cenicienta de Walt Disney. Cada día, intento inventar algo a partir de esos ratones. Preguntar por cada ratón, lo que hace, lo que le gusta, dónde está... Invitar a todos los ratones a bailar con nosotras, cada ratón a su manera... En una de las sesiones, me dediqué a convertir el nombre del color de la camiseta en un sonido acompañado de un gesto con caracteres muy diferenciados (el azul es un susurro suave; el amarillo, un ritmo enérgico y cortante; el verde, una melodía ondulante como el movimiento de la hoja que María tiene en su mano...). Esto le hace gracia. Ríe, se emociona, se mueve por la sala y vuelve una y otra vez a proponerme un nuevo color. Al rato, va disminuyendo su verborrea. María me pide que ponga música y escuchamos en silencio. Después, María me pide que le hable de la madrastra y del hada madrina. Está atenta e interesada en estos personajes, la mala y la buena.

Como se ha visto en el ejemplo anterior, una de las transformaciones que pueden darse es la que empieza por la construcción de una alternancia y lleva hasta el nacimiento del diálogo. En el ejemplo siguiente, que es uno de los momentos más sorprendentes que he vivido, se ve cómo este proceso tiene relación con la diferenciación que le da al otro la experiencia de ser un sujeto.

ESCENA 4

Feliu es un niño con muy poco lenguaje verbal. Apenas contesta las preguntas que se le hacen y canta las canciones sin letra. Le gusta mucho la música y tiene buena relación con el piano desde los inicios. Es uno de los pocos elementos que tolera. No utiliza tambores ni coge baquetas. Canta, baila y se acerca al piano. Deja que yo toque el piano para acompañar sus dos canciones favoritas. Es muy selectivo. Se sienta a mi lado pero no soporta tocar más de una nota. Comenzamos haciendo una alternancia:

él toca una nota, yo toco otra. Con el tiempo, la alternancia va creciendo y se va volviendo más y más compleja. Acaban surgiendo pequeñas melodías que se contestan una a la otra. Yo hago un acompañamiento armónico muy sencillo y su melodía y mi melodía se van alternando y convirtiendo en un diálogo. Realizamos improvisaciones cada vez más largas y bonitas. Feliu se mira a menudo en el reflejo del piano. Un día, me llevo una gran sorpresa: estamos improvisando al piano, después de horas de alternancias y diálogos, y Feliu se mira en el reflejo del piano y señalándose a sí mismo dice “yo” por primera vez en su vida.

La música nos permite trabajar fuera del lenguaje verbal, promoviendo los primeros pasos de la simbolización. Es un lenguaje que nos ofrece la posibilidad de acercarnos a la sensorialidad y la indiferenciación propias del estado autista y eso hace posible un encuentro no amenazador, interesante y vivo. Trabajando con materiales propios de la música como la voz más o menos cantada, la improvisación, la canción, los objetos y los instrumentos musicales, el cuerpo, el movimiento, la expresión o carácter, los diferentes e infinitos ritmos, las pequeñas melodías... vamos compartiendo y alfabetizando gestos solitarios. Los encuentros que promueven emociones van tejiendo lo que Bion llama la barrera de contacto; una progresiva diferenciación de fuera-dentro, de yo-no yo. ●



Barrera de contacto. Núria Duran.